

Daniel Estulin

LA VERDADERA HISTORIA DEL

CLUB BILDERBERG



DANIEL ESTULIN

LA VERDADERA HISTORIA DEL CLUB BILDERBERG

Traducción de Iñaki Tofiño Quesada
y Marta-Ingrid Rebón

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Daniel Estulin, 2005, 2015

© de la traducción, Ignacio Tofiño y Marta-Ingrid Rebón, 2005

© de la traducción de los capítulos añadidos en esta nueva edición,
María José Castro, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Fotografías de interior: © Michael Rougier - Getty Images, © Posnov - Getty Images
y archivo del autor

Primera edición revisada y actualizada: octubre de 2015

Depósito legal: B. 20.460-2015

ISBN: 978-84-08-14666-7

Preimpresión: Víctor Igual, S. L.

Impresión: Rodesa

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**

Ediciones anteriores en otra presentación:

Primera edición: septiembre de 2005

Índice

Prólogo	13
Prólogo a la nueva edición	15
Introducción. EL ALBA DE UNA NUEVA ERA: ESCLAVITUD TOTAL	17
1. EL CLUB BILDERBERG	27
2. EL COUNCIL ON FOREIGN RELATIONS (CFR)	133
3. LA CONSPIRACIÓN DE LOS ROCKEFELLER Y LA COMISIÓN TRILATERAL	201
4. HACIA UNA SOCIEDAD SIN DINERO EN EFECTIVO	235
LLAMAMIENTO A LA ACCIÓN	251
Apéndice 1. INFORME DE LAS FUENTES INTERNAS EN BILDERBERG	259
Apéndice 2. CONVERSACIONES DE LAS REUNIONES DE BILDERBERG	269
Apéndice 3. LA SOMBRA DEL GOBIERNO MUNDIAL	279
Apéndice 4. LISTA DE PARTICIPANTES EN LA REUNIÓN DEL CLUB BILDERBERG EN 2015	303
Notas	311
Índice onomástico	323

El Club Bilderberg

—Me gustaría hablar con usted —dijo alguien.

Me giré instintivamente hacia la derecha, aunque no vi a nadie. El caballero que requería mi compañía estaba detrás de mí, diríase que usando mi hombro derecho como refugio.

—Quédese sentado, por favor —me susurró su sombra.

—Perdóneme, pero no estoy acostumbrado a que me den órdenes, especialmente alguien a quien no conozco —respondí con resolución.

—Señor Estulin, sentimos invadir su espacio, es que nos gustaría mucho hablar con usted —dijo el primer caballero, extendiendo una flácida mano con la esperanza de que decidiese estrecharla—. Huelga decir que le pedimos la máxima discreción.

Por sus piruetas lingüísticas deduje que ese inglés había sido aprendido en uno de esos colegios elitistas británicos o quizá con un tutor privado.

—¿Cómo sabe mi nombre? No recuerdo habérselo dicho.

—Sabemos bastante de usted, señor Estulin.

Podía percibir que el misterioso caballero empezaba a sentirse más relajado en mi compañía.

—Por favor, siéntese —dije en un tono más cálido, aceptando también la distensión del momento.

El hombre bajó la mirada, sacó una pitillera de uno de los bolsillos de su elegante americana y empezó a examinarla. Yo me arrellané en mi taburete esperando que uno de los dos rompiera el silencio.

—Por ejemplo, sabemos que está aquí para cubrir la conferencia Bilderberg. Que ha estado siguiéndonos durante muchos años. Que, de alguna manera, parece conocer con mucha antelación la localización exacta de cada encuentro, cuando la mayoría de los participantes no lo saben hasta una semana antes. Que, con toda la confidencialidad con la que nos movemos, usted parece saber de qué hablamos y cuáles son nuestros planes futuros. Usted, señor Estulin, ha llegado a condicionar la elección de algunos de nuestros participantes. En un momento dado, pensamos que ya lo teníamos; presumimos que habíamos detectado a su contacto en el interior. Si usted hubiese fallado en sus predicciones sobre nosotros, ese participante hubiese tenido graves problemas personales. Afortunadamente para él, usted acertó.

«Acento de Kent», pensé.

—¿Cómo se entera de todo eso? —preguntó el acompañante de mi interlocutor.

—Eso es un secreto profesional —repliqué lacónicamente.

En ese momento, aproveché para fijarme en los dos tipos. El segundo tenía los hombros anchos, el cabello rubio, grueso bigote, enormes cejas arqueadas, una diminuta boca que se doblaba geoméricamente para formar una sonrisa aceptable y un temperamento nervioso. Su grueso bigote y su gorda nariz se tensaban cada vez que hablaba.

Detrás de nosotros, formando parte de una incomprensible horda de turistas galeses, se sentaba un hombre barbudo y jorobado que llevaba guantes de piel y un sombrero de viaje. Parecía ser todo un amante de la música o al menos eso decía a todo el mundo una gruesa mujer con un enorme lunar en la barbilla.

—Es usted todo un enigma.

Mi misterioso interlocutor cambió la posición de sus larguiruchas piernas, introdujo su mano derecha en el bolsillo del pantalón dejando entrever una cadena de reloj que recorría parte de su chaleco y dijo en un tono profesional:

—Entonces, dígame, ¿por qué nos sigue a todas partes? Usted no trabaja para ningún periódico conocido. Sus artículos

incomodan a nuestros miembros. Varios congresistas estadounidenses y algunos miembros del Parlamento de Canadá han tenido que cancelar su asistencia a nuestro encuentro anual porque usted ha sacado a la luz su participación.

—Usted no va a vencernos. No es capaz de hacerlo —siseó el segundo tipo—. El Club Bilderberg, señor Estulin, es un foro privado en el que participan algunos miembros influyentes de nuestra comunidad empresarial. También invitamos a algunos políticos a que compartan con nosotros sus experiencias personales y profesionales. Todo ello lo hacemos con la esperanza de conjuntar las necesidades de los pueblos del mundo y la política de altos vuelos. De ninguna manera intentamos influir en los Gobiernos, en su política o en su toma de decisiones.

—¡No me jodas! —respondí bruscamente. Podía sentir cómo se me tensaban los músculos del cuello y de la mano—. ¡Y yo me creo que Kennedy fue asesinado por extraterrestres, que Nixon fue defenestrado por su abuela y que la crisis del petróleo de 1973 fue provocada por la Cenicienta! Si no hubiera sido por nosotros, Canadá formaría ahora parte del Gran País de los Estados Unidos. Dígame, ¿por qué asesinaron a Aldo Moro?

—Sabe que no le podemos decir nada, señor Estulin. No he venido aquí para discutir con usted.

En una mesa redonda cerca de la ventana, dos turistas alemanes, un desempleado con los ojos llorosos y el primo del barman jugaban a las cartas muy entretenidos.

En una mesa adyacente, se sentaba un hombre mayor miope, calvo y gordo que gastaba un traje gris demasiado grande para su envergadura. Llevaba unas enormes gafas de concha y su cara rubicunda se hallaba escondida detrás de la sombra de la que fue en otro tiempo una larga barba negra. Un bigote grisáceo, un tanto descuidado, remataba su faz. Pidió ron, rellenó su pipa y se puso a observar distraído el juego.

Puntualmente, a las once y cuarenta y cinco, vació la pipa, la metió en el bolsillo del pantalón, pagó el ron y se marchó en silencio.

—¿Sería mucho pedirle que mantuviese esta conversación en la más estricta confidencialidad?

—No suelo hacer ese tipo de promesas, especialmente en lo referente al Club Bilderberg.

Me sorprendí a mí mismo disfrutando del enfrentamiento con la esperanza de que el primer tipo perdiese los nervios.

El primer tipo soltó una parrafada de varios minutos sobre las virtudes de la colaboración entre las naciones, los niños hambrientos de África y otras comeduras de coco por el estilo.

Intenté concentrarme en lo que decía, pero pronto me vi observando la cara del segundo tipo. Sonreía con expresión ausente o se lamía el bigote.

Cuando la voz del primer tipo creció hasta alcanzar la resonancia de un trueno, volví a la realidad.

—... Y podemos compensarle por su tiempo perdido, señor Estulin. ¿Qué condiciones pone?

Una enorme luna iluminó los árboles de la calle. Los semáforos se le unieron con su destello. Se podía oír el apagado rumor de los restaurantes de las cercanías y los ladridos de algunos perros. Permanecimos los tres en silencio durante algunos minutos.

Noté que al segundo tipo, apoyado en el borde de su taburete, le costaba mantenerse en silencio. Sin duda estaba intentando componer una pregunta o comentario inteligente. El primer hombre jugueteaba con su cigarrillo, en actitud reflexiva. Sus ojos parecían mirar el cigarrillo, pero estaban absortos en el vacío.

—Mi silencio tiene las siguientes condiciones: querría que los futuros encuentros Bilderberg se anunciaran públicamente con libre acceso a cualquier periodista que quisiera asistir. El contenido de todas las conferencias debería ser público, así como la lista de participantes. ¡Y, por último, prescindan de la CIA, las armas, los perros, la seguridad privada y, lo más importante, de su secretismo!

—Sabe perfectamente, señor Estulin, que no podemos hacer eso. Hay mucho en juego y ya es muy tarde para ese tipo de cambios.

—Entonces, señor mío —repliqué—, tendrán que aguantarme hasta el final.

En el salón vecino un piano emitió una rápida sucesión de notas entremezcladas con el sordo sonido de voces y risas de unos niños. Un gran espejo reflejó por un momento los brillantes botones del chaleco del primer hombre.

—Entonces, buenas noches, señor Estulin.

El primer tipo no perdió, ni por un instante, sus buenas maneras. En realidad, era exquisito en el trato. «Por eso lo habrán enviado a él», supuse. Quizá, en otras circunstancias, hubiésemos podido llegar a ser buenos amigos. El segundo tipo respiró profundamente y, con su sombrero entre las manos, siguió los pasos de su jefe.

Sólo quedaban en el vestíbulo del hotel dos mujeres con cara soñolienta y un viajante con la barba teñida y un chaleco de terciopelo negro sobre una camisa blanca estampada.

«Es extraño que se preocupen de mí», pensé. Había sido una experiencia tremenda. Sólo entonces me di cuenta de cuánto se hallaba en juego. No había sido una mera conversación entre su emisario y yo. Los dos hombres cruzaron la plaza y desaparecieron en la noche. Me había quedado mal cuerpo, aunque mi determinación era la de siempre. Ahora sabía que, desde aquel momento, mi vida iba a estar permanentemente en peligro.

* * *

Imagínese un club donde los más importantes presidentes, primeros ministros y banqueros del mundo se mezclan entre sí, donde la realeza está presente para asegurarse de que todo el mundo se lleva bien, donde la gente poderosa responsable de empezar guerras, influir en los mercados y dictar sus órdenes a Europa entera dice lo que nunca se ha atrevido a decir en público.

El libro que tiene entre las manos pretende demostrar que existe una red de sociedades secretas que planea poner la soberanía de las naciones libres bajo el yugo de una legislación

internacional administrada por la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Esta red está dirigida por el más secreto de los grupos: el Club Bilderberg. La razón de que nadie quiera descubrir esta conspiración y oponerse a ella es, en palabras del periodista francés Thierry de Segonzac, copresidente de la Federación de la Industria del Cine, de los Medios Audiovisuales y Multimedia, muy sencilla: «Los miembros del Club Bilderberg son demasiado poderosos y omnipresentes para desear verse expuestos de esa forma».

Cualquier cambio de régimen en el mundo, cualquier intervención sobre el flujo de capitales, cualquier modificación en el estado del bienestar es plausible si en uno de esos encuentros sus participantes lo incluyen en su agenda.¹ Según Denis Healy, ex ministro de Defensa británico: «Lo que pasa en el mundo no sucede por accidente: hay quienes se encargan de que ocurra. La mayor parte de las cuestiones nacionales o relativas al comercio están estrechamente dirigidas por los que tienen el dinero».

Los socios del Club Bilderberg deciden cuándo deben empezar las guerras (no en vano ganan dinero con todas ellas); cuánto deben durar (Nixon y Ford fueron defenestrados por acabar la guerra de Vietnam demasiado pronto); cuándo deben acabar (el Grupo había planificado el fin de las hostilidades para 1978) y quién debe participar. Los cambios fronterizos posteriores los deciden ellos y también quiénes se deben beneficiar de la reconstrucción.² Los miembros del Bilderberg «poseen» los bancos centrales y, por lo tanto, están en posición de determinar los tipos de interés, la disponibilidad del dinero, el precio del oro y qué países deben recibir qué préstamos. Simplemente moviendo dinero los socios del Bilderberg ganan miles de millones de dólares. ¡Su única ideología es la del dólar y su mayor pasión, el poder!

Desde 1954, los socios del Club Bilderberg representan a la élite de todas las naciones occidentales —financieros, industriales, banqueros, políticos, líderes de corporaciones multinacionales, presidentes, primeros ministros, ministros de Finanzas, secretarios de Estado, representantes del Banco Mundial, la OMC y el FMI, ejecutivos de los medios de comunicación y líderes militares—, un Gobierno en la sombra que se reúne

en secreto para debatir y alcanzar un consenso sobre la estrategia global. Todos los presidentes americanos desde Eisenhower han pertenecido al Club. También Tony Blair, así como la mayoría de los miembros principales de los Gobiernos ingleses; Lionel Jospin; Romano Prodi, ex presidente de la Comisión Europea; Mario Monti, comisario europeo de la Competencia; Pascal Lamy, comisario de Comercio; José Durão Barroso; Alan Greenspan, jefe de la Reserva Federal; Hillary Clinton; John Kerry; la asesinada ministra de Asuntos Exteriores de Suecia, Anna Lindh; Melinda y Bill Gates; Henry Kissinger; la dinastía Rothschild; Jean-Claude Trichet, la cabeza visible del Banco Central Europeo; James Wolfenson, presidente del Banco Mundial; Javier Solana, secretario general del Consejo de la Comunidad Europea; el financiero George Soros, especulador capaz de hacer caer monedas nacionales en su provecho; y todas las familias reales de Europa. Junto a ellos se sientan los propietarios de los grandes medios de comunicación.

Sí, también pertenecen al Grupo las personas que controlan todo lo que lee y ve, los barones de los medios de comunicación: David Rockefeller, Conrad Black —el ahora caído en desgracia ex propietario de 440 medios de comunicación de todo el mundo, desde el *Jerusalem Post* al principal diario de Canadá, *The National Post*—, Edgar Bronfman, Rupert Murdoch y Sumner Redstone, director de Viacom, un conglomerado mediático internacional que aglutina virtualmente a todos los grandes segmentos de la industria de la comunicación. Por esa razón nunca ha oído hablar antes del Club Bilderberg.

Allá donde mire —Gobiernos, grandes negocios o cualquier otra institución que ejerza el poder— verá una constante: el secretismo. Las reuniones de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), del G-8, de la Organización Mundial del Comercio (OMC), del Fórum Económico Mundial, de los bancos centrales, de los ministros de la Unión Europea y de la Comisión Europea tienen siempre lugar a puerta cerrada. La única razón que puede existir para ello es que no quieren que usted ni yo sepamos qué se traen entre manos. La ya clásica excusa, «no es del interés gene-

ral», significa realmente que «no les interesa» que el gran público se informe debidamente. Pero, además de esos encuentros supuestamente públicos, existe toda una red de cumbres privadas que desconocemos por completo.³

En febrero tiene lugar el Foro Económico Mundial de Davos; el G8 y el Bilderberg, en abril/mayo; la conferencia anual del Banco Mundial/FMI, en septiembre. De todo ello emerge un curioso consenso internacional que, en apariencia, nadie dirige. Este consenso es la base de los comunicados económicos del G8, la plasmación práctica de los programas de ajuste de Argentina y todo lo que el presidente americano propone al Congreso.⁴

En 2004 se cumple el 50 aniversario del Grupo, que se constituyó del 29 al 31 de mayo de 1954, en un hotel de la localidad holandesa de Oosterbeek, el Bilderberg, que acabaría dándole su nombre a la sociedad. El organizador del evento fue el príncipe Bernardo de Holanda. El borrador de las actas de Bilderberg de 1989 dice: «Ese encuentro pionero puso de manifiesto la creciente preocupación de muchos insignes ciudadanos de ambos lados del Atlántico de que Europa Occidental y Estados Unidos no estaban trabajando coordinadamente en asuntos de importancia crítica. Se llegó a la conclusión de que unos debates regulares y confidenciales ayudarían a un mayor entendimiento de las complejas fuerzas que dirigían el porvenir de Occidente en el difícil período de la posguerra».

Según el fundador, el príncipe Bernardo de Holanda, cada participante es «mágicamente despojado de sus cargos» al entrar en la reunión para ser «un simple ciudadano de su país durante toda la duración del congreso».

Por otra parte, uno de los miembros más importantes del Club Bilderberg ha sido Joseph Retinger, un sacerdote jesuita y masón de grado 33. De él se dice que fue el auténtico fundador y organizador del Club. Por extraño que parezca, muy pocas agencias de inteligencia han oído hablar del propio Club Bilderberg hasta hace bien poco.

Lord Rothschild y Laurance Rockefeller, miembros clave de dos de las más poderosas familias del mundo, escogieron personalmente a 100 participantes procedentes de la élite mundial

con el propósito secreto de cambiar Europa. En palabras de Giovanni Agnelli, el ahora fallecido presidente de Fiat: «Nuestro objetivo es la integración de Europa; donde los políticos han fracasado, nosotros, los industriales, vamos a tener éxito».

«No se hace ninguna política, sólo se mantienen conversaciones banales y de perogrullo —dijo el editor del *London Observer*, Will Hutton, que participó en el encuentro en 1997—, pero el consenso al que se llega es el telón de fondo de la política que se hace en todo el mundo.»

El príncipe Bernardo de Holanda, padre de la reina Beatriz e íntimo del príncipe Felipe de Gran Bretaña, añade que «cuando los representantes de las instituciones occidentales abandonan la reunión se llevan consigo el consenso del grupo. Estos debates liman diferencias y consiguen llegar a posiciones comunes, por eso tienen una gran influencia sobre sus participantes». Lo que suele ocurrir, «casi por casualidad», es que a partir de ese consenso los omnipotentes intereses comerciales y políticos, a través de los medios de comunicación, consiguen que la política de los Gobiernos sea la misma aun cuando sus intereses particulares sean ostensiblemente diferentes.

La lista de invitados

Nadie puede comprar una invitación para uno de los encuentros Bilderberg, aunque muchas multinacionales lo han intentado.⁵ Es el comité directivo quien decide a quién invita. Lo que el periódico londinense *The Guardian* denomina «un bilderberg» no ha cambiado en los últimos cincuenta años: un socialista fabiano* partidario entusiasta de un orden mundial único.

* El socialismo fabiano es un movimiento de socialismo utópico de corte elitista que toma su nombre de Fabio, el general romano que se enfrentó a Aníbal y lo contuvo sin enfrentarse a él, a la espera de que llegara el momento oportuno. Los socialistas fabianos proponían la expansión de las ideas socialistas a través de una paciente y progresiva instilación de la ideología socialista entre los círculos intelectuales y de poder.

Según una fuente del comité directivo del Grupo, «los invitados deben venir solos, sin esposas, amantes, maridos o novios. Los “asistentes personales” (es decir, guardaespaldas fuertemente armados, normalmente ex miembros de la CIA, del MI6 y del Mossad) no pueden asistir a las conferencias y deben comer en una estancia aparte. Ni siquiera el “asistente personal” de David Rockefeller puede acompañarlo durante el almuerzo. Queda explícitamente prohibido que los invitados concedan entrevistas a los periodistas».

Para mantener su aura de hermetismo, los participantes alquilan un hotel completo durante toda la duración del congreso, normalmente de tres a cuatro días. Agentes de la CIA y del Mossad se encargan de limpiar hasta la última dependencia. Se revisan los planos del establecimiento, se investiga al personal y se manda a casa a cualquiera que levante la más mínima sospecha.

«Agentes de policía con uniformes negros inspeccionan con perros cada uno de los vehículos de suministros. No queda nada por remover y después escoltan a los transportistas hasta la entrada. Guardias armados patrullan los bosques colindantes y gorilas con micrófonos vigilan todos los accesos. Cualquiera que se aproxime al hotel sin poseer un trozo del globo terráqueo es devuelto por donde ha venido.»⁶

El Gobierno nacional anfitrión se responsabiliza de la seguridad de los asistentes y de su entorno. Ello incluye un generoso despliegue de militares, miembros de los servicios secretos, agentes de la policía local y nacional y guardias privados. Nada es demasiado para proteger la intimidad y la seguridad de los todopoderosos miembros de la élite mundial. Los asistentes no están obligados a seguir las normas y regulaciones que cualquier otro ciudadano mundial tendría que cumplir tales como, por ejemplo, pasar por las aduanas o presentar visados. Cuando se reúnen, nadie de «fuera» tiene permitido acercarse al hotel. La élite lleva a sus propios cocineros, camareros, teleoperadoras, secretarias, limpiadoras y personal de seguridad, que los atienden junto con la plantilla del hotel que ha superado el proceso de investigación previo.

La conferencia de 2004, por ejemplo, tuvo lugar en el Grand Hotel des Îles Borromées en Stresa, Italia, con «174 impresionantes habitaciones decoradas al estilo *belle époque, impero o maggiolini*. Espléndidas telas y magníficas lámparas de Murano por doquier. La mayor parte de las habitaciones disponen de un balcón privado, los baños están forrados de mármol italiano y cuentan con una lujosa bañera de hidromasaje. Se trata de suites espléndidas en las que no faltan cuadros, estatuas y todo lo que el arte pueda ofrecer».⁷ Las habitaciones las paga la organización, el Grupo Bilderberg, al modesto precio de 1.200 euros por suite. La comida corre a cargo de un chef agraciado con tres estrellas de la guía Michelin. Uno de los criterios a la hora de escoger el hotel es la disponibilidad de los mejores cocineros del mundo. Otro es el tamaño de la ciudad (debe tratarse de núcleos urbanos pequeños que permitan hurtarse a las miradas curiosas de los habitantes de las grandes urbes). Las pequeñas ciudades tienen la ventaja adicional de que permiten la presencia de «asistentes personales» armados hasta los dientes sin recato. Nadie pregunta. Todos los servicios, teléfono, lavandería, cocina, están pagados. Un miembro del personal del Trianon Palace de Versalles me explicó que en 2003 la factura telefónica de David Rockefeller ascendió a 14.000 euros en tres días. Según una fuente que también participó en la conferencia, no sería nada exagerado decir que uno de esos «festivales globalizadores» de cuatro días cuesta unos 10 millones de euros, más de lo que cuesta proteger al presidente de los Estados Unidos o al Papa en uno de sus muchos viajes internacionales. Por supuesto, ni el presidente ni el Papa son tan importantes como el Gobierno en la sombra que dirige el planeta.

El Grupo Bilderberg organiza cuatro sesiones de trabajo diarias, dos por la mañana y dos por la tarde, excepto los sábados, cuando sólo hay una reunión vespertina. El sábado por la mañana, entre las 12 y las 15 horas, los miembros del Grupo juegan al golf o nadan, acompañados por sus «asistentes personales», o hacen excursiones en barco o helicóptero.

La presidencia de la mesa de trabajo sigue un orden alfabético rotatorio. Un año, Umberto Agnelli, ex presidente de

Fiat, se sienta al frente. Al año siguiente, Klaus Zumwinkel, presidente de Deutsche Post Worldnet AG y Deutsche Telekom, ocupa su lugar. Estados Unidos es el país con más participantes debido a su tamaño.

Cada país envía, normalmente, una delegación de tres representantes: un industrial, un ministro o un senador y un intelectual o editor. Países pequeños como Grecia y Dinamarca disponen, como máximo, de dos asientos. Las conferencias reúnen normalmente a un máximo de 130 delegados. Dos tercios de los presentes son europeos y el resto procede de Estados Unidos y Canadá. Los participantes mexicanos pertenecen a una organización hermana menos poderosa, la Comisión Trilateral. Un tercio de los delegados son políticos y los dos tercios restantes, representantes de la industria, las finanzas, la educación, los sindicatos y los medios de comunicación. La mayor parte de los delegados hablan inglés, aunque la segunda lengua de trabajo es el francés.

La Regla de Chatham House

El Royal Institute of International Affairs fue fundado en 1919, tras los Acuerdos de Paz de Versalles, y tiene su sede en la Chatham House de Londres. En la actualidad se usa el nombre «Chatham House» para referirse a todo el instituto. El Royal Institute of International Affairs es el brazo ejecutivo de la política de la Monarquía británica.

«La Regla de Chatham House consiste en que los participantes de una reunión pueden divulgar la información que se ha generado en ella, pero deben guardar silencio acerca de la identidad o afiliación de quienes la han facilitado; tampoco se puede mencionar que tales datos proceden de uno de los encuentros del Instituto.» Traducción: los globalizadores no sólo quieren evitar que sepamos qué es lo que están planeando, sino que también pretenden pasar desapercibidos.

«La Regla de Chatham House permite que la gente hable a título individual sin representar a las instituciones en las que trabaja; esto facilita el libre debate. La gente suele sentirse más

relajada si no se la menciona y deja de preocuparse de su reputación o de las implicaciones de sus palabras.»

En 2002 se clarificó y reforzó la aplicación de la norma: «Los encuentros de la Chatham House pueden llevarse a cabo de forma abierta o bajo la Regla de Chatham House. En este último caso se acordará explícitamente con los participantes que lo expuesto en tal reunión es estrictamente privado y se garantiza el anonimato de quienes hablen entre estos muros; todo esto sirve para asegurar unas mejores relaciones internacionales. Chatham House se reserva el derecho de llevar a cabo acciones disciplinarias sobre cualquier miembro que rompa esa regla.» Traducción: si te vas de la lengua, te arriesgas a un destino más bien dramático.

Los participantes

Los participantes afirman que asisten a las reuniones en calidad de ciudadanos privados y no como representantes oficiales, aunque esta afirmación es bastante cuestionable: en Estados Unidos (por medio de la Ley Logan) y en Canadá es ilegal que un funcionario elegido por el pueblo se reúna en privado con empresarios para debatir y diseñar la política pública.

La Ley Logan fue creada para evitar que ciudadanos sin representatividad pública interfirieran en las relaciones entre Estados Unidos y los diferentes Gobiernos extranjeros. No deja de ser curioso que, en sus doscientos años de historia, no se haya acusado a nadie de vulnerar la Ley. Sin embargo, sí ha habido un buen número de referencias a su vulneración en diferentes juicios y se suele usar como arma política. Con esto no quiero decir que una persona corriente pueda vender ilegalmente armas o drogas a un Estado extranjero, porque no es así. Pero los que sí pueden hacerlo son los miembros del supersecreto Club Bilderberg, en cuyo caso además se les anima a que interfieran en los asuntos privados de Estados independientes.

Algunas de las personas que han participado en estos encuentros son: Allen Dulles (CIA), William J. Fulbright (senador

dor de Arkansas y receptor de una de las primeras becas Rhodes), Dean Acheson (secretario de Estado de Truman), Henry A. Kissinger (presidente de Kissinger Associates), David Rockefeller (Chase Bank, JP Morgan International Council), Nelson Rockefeller, Laurance Rockefeller, Gerald Ford (ex presidente de los Estados Unidos), Henry J. Heinz II (presidente de H. J. Heinz Co.), el príncipe Felipe de Gran Bretaña, Robert S. McNamara (secretario de Defensa de Kennedy y ex presidente del Banco Mundial), Margaret Thatcher (ex primera ministra de Gran Bretaña), Valéry Giscard d'Estaing (ex presidente de Francia), Harold Wilson (ex primer ministro de Gran Bretaña), Edward Heath (ex primer ministro de Gran Bretaña), Donald H. Rumsfeld (secretario de Defensa de los presidentes Ford y George W. Bush), Helmut Schmidt (ex canciller de Alemania Occidental), Henry Ford III (presidente de Ford Motor Co.), James Rockefeller (presidente del First National City Bank) y Giovanni Agnelli (presidente de Fiat en Italia).⁸

Bilderberg, desde el principio, ha sido administrado por un núcleo reducido de personas, nombradas desde 1954 por un comité de sabios constituido por la silla permanente, la silla americana, las secretarías y tesoreros de Europa y Estados Unidos. Las invitaciones únicamente se mandan a personas «importantes y respetadas quienes, a través de su conocimiento especial, sus contactos personales y su influencia en círculos nacionales e internacionales, pueden ampliar los objetivos y recursos del Club Bilderberg».

Los encuentros son siempre abiertos y sinceros y no siempre se llega al consenso. Durante los últimos tres años, franceses, británicos y americanos han estado a la greña casi constantemente; el tema de disputa, Iraq. Hace dos años el ministro de Asuntos Exteriores francés, Dominique de Villepin, le dijo abiertamente a Henry Kissinger que «si los americanos hubiesen dicho la verdad acerca de Iraq», es decir, que la auténtica razón para la invasión era el control y la gratuidad del petróleo y el gas natural, quizás ellos, los franceses, «no hubiesen vetado sus “estúpidas” resoluciones en la ONU». «Su presidente es un completo idiota», añadió [cita exacta transcrita por tres asistentes a la conferen-

cia y confirmada independientemente]. «Eso no significa que el resto del mundo sea estúpido», replicó a un malhumorado Kissinger al salir de la sala. El nacionalismo británico es otra causa de preocupación. En Turnburry, Escocia, Tony Blair, primer ministro británico, fue tratado como un niño travieso ante el resto de los participantes cuando se le echó en cara, en un tono bastante hostil, no haber hecho lo suficiente para incluir a Gran Bretaña en la moneda única. Según fuentes de Jim Tucker, un legendario periodista reconocido entre los profesionales más honestos por haber perseguido a los miembros del Club durante más de treinta años con un gran coste personal (perdió a varios amigos personales en misteriosos accidentes y a un miembro de su familia que supuestamente se suicidó), «Blair aseguró en Bilderberg que Gran Bretaña aceptaría el euro, pero que antes tenía que resolver ciertos “problemas políticos” debido a “un resurgimiento del nacionalismo en casa”».

El 29 de mayo de 1989 la revista *Spotlight* publicaba en uno de sus reportajes la siguiente frase que le dijo un funcionario alemán a Blair: «No eres más que una Maggie Thatcher con pantalones». Se trataba de una dura referencia al hecho de que lady Thatcher fuera defenestrada por su propio Partido Conservador siguiendo las órdenes del Club Bilderberg. Después, el mismo foro colocaría en el puesto a John Major, un personaje más manipulable.

Como explica John Williams,⁹ algunos miembros de la élite occidental acuden a las reuniones Bilderberg «para reforzar un consenso virtual, una ilusión de globalización, definida bajo sus propios términos: lo que es bueno para los bancos y los grandes empresarios, es bueno para todo el mundo. Es inevitable y revierte en el beneficio de la humanidad».

El Club Bilderberg, visto de cerca

Otto Wolff von Amerongen, presidente y director de Otto Wolff GmbH en Alemania y uno de los miembros fundadores del Club, explicó que los encuentros se estructuraban de la

siguiente manera: se empezaba con unas introducciones cortas sobre un tema determinado, a lo que seguía el debate general. Wolff von Amerongen, al que se le reconoce el mérito de entablar relaciones comerciales entre Alemania y el antiguo bloque soviético, hizo las veces de embajador en la sombra de Bonn en Rusia. Sin embargo, no se pueden ocultar sus vínculos con el Gobierno nazi, ya que se sabe que intervino en el robo de acciones a los judíos durante la Segunda Guerra Mundial. Werner Ruegger codirigió en 2001 un documental sobre la familia Amerongen en el que se decía que Wolff había sido espía nazi en Portugal; su trabajo consistía en vender el oro saqueado de los bancos centrales europeos y las acciones de los judíos. Wolff también comerciaba con tungsteno, un metal clave para la fabricación de rifles y artillería. En aquella época, Portugal era la única nación que exportaba tungsteno a Alemania.

Dos delegados que prefieren mantener el anonimato, aunque se cree que son británicos, explicaron que se trabaja en grupos consistentes en un moderador y dos o tres personas más. Tienen cinco minutos cada uno para hablar del tema del día y hay «preguntas de debate, que duran cinco, tres o dos minutos». No hay documentos introductorios ni grabaciones, aunque se anima a los delegados a que preparen sus intervenciones con antelación. La lista inicial de participantes propuestos comienza a circular en enero, y la selección final se hace en marzo. Para evitar filtraciones, el comité directivo del Grupo establece la fecha del encuentro con cuatro meses de antelación, pero el nombre del hotel sólo se anuncia una semana antes. En la apertura del encuentro, el presidente recuerda las reglas del Club y abre el primer tema de debate del día. Bilderberg marca todos los documentos que distribuye a sus miembros con la frase «Personal y estrictamente confidencial. Prohibida su publicación».

Reclutados por el Club

Es importante distinguir entre los miembros activos que acuden todos los años y otras personas que son invitadas ocasio-

nalmente. Son unas ochenta las personas que acuden regularmente y un número muy variable las que visitan el Club, principalmente para informar sobre materias relacionadas con su conocimiento y experiencia. Éstos tienen escasa idea de que hay un grupo formal constituido y nada saben acerca de la agenda secreta. También hay algunos invitados selectos que el comité considera útiles en sus planes de globalización y a los que se ayuda a conseguir importantísimos cargos. Entre ellos, Esperanza Aguirre. En algunos casos, estos invitados ocasionales no cuajan en la organización y son definitivamente apartados. Un ejemplo, Jordi Pujol, en 1989, en La Toja, Galicia.

El ejemplo más claro de «reclutamiento útil» fue el de aquel oscuro gobernador de Arkansas, Bill Clinton, que acudió a su primer encuentro Bilderberg en Baden Baden, Alemania, en 1991. Allí, David Rockefeller le explicó a un joven Clinton en qué consistía el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y le dio indicaciones para apoyarlo. Al año siguiente, el gobernador se convirtió en presidente.

La asociación con el Club Bilderberg siempre ha arrojado magníficos beneficios:

1. Bill Clinton. Asistió a la reunión del Bilderberg de 1991. Gana la nominación del Partido Demócrata y es elegido presidente en 1992.

2. Tony Blair. Asistió a la reunión del Bilderberg de 1993. Ascende a la presidencia del partido en julio de 1994 y a la presidencia nacional en mayo de 1997.

3. Romano Prodi. Asistió a la reunión del Bilderberg de 1999. Es nombrado presidente de la Unión Europea en septiembre de 1999.

4. George Robertson. Asistió a la reunión del Bilderberg de 1998. Consigue la secretaría general de la OTAN en agosto de 1999.

François Mitterrand

El 10 de diciembre de 1980, François Mitterrand, un hombre que reiteradamente había fracasado en su intento de

conseguir el poder en Francia, fue resucitado por orden del Comité de los 300, el hermano mayor del Club Bilderberg. Según la fuente de inteligencia de John Coleman, autor de *Conspirators' Hierarchy: The Story of the Committee of 300*, «escogieron a Mitterrand y le lavaron la imagen para devolverlo al poder». El propio político francés en su discurso de vuelta a la política dijo: «El desarrollo del capitalismo industrial se opone a la libertad. Debemos poner fin a ello. Los sistemas económicos del siglo XX y XXI usarán máquinas para aplastar al hombre, primero en el dominio de la energía nuclear, que ya está produciendo resultados admirables».

Las observaciones de Coleman le hacen a uno estremecerse. «El retorno de Mitterrand al Palacio del Elíseo fue un gran triunfo para el socialismo. Demostró que el Comité de los 300 era suficientemente poderoso como para predecir acontecimientos o, mejor dicho, para hacer que sucediesen por la fuerza o por cualquier otro medio. En el caso de Mitterrand, demostró su capacidad de vencer cualquier oposición pues, pocos días antes, había sido totalmente rechazado por un grupo de poder político de París», es decir, por el Frente Nacional de Le Pen y un gran segmento de su propio Partido Socialista.

Caída del Gobierno turco. Bilderberg 1996

Cuatro días después de la vuelta a casa de dos participantes turcos tras el encuentro del Club de 1996, en Toronto, cayó el Gobierno turco al completo. Se trataba de Gazi Ercel, gobernador del Banco Central de Turquía, y Emre Gonensay, ministro de Asuntos Exteriores.

En un movimiento sorpresa, el primer ministro turco, Mesut Yilmaz, dimitió de su cargo, disolviendo la coalición entre el Partido del Sendero Verdadero, dirigido por la ex primera ministra conservadora Tansu Ciller, y el suyo propio, el Partido de la Patria.

Esto permitió a Necmettin Erbakan, líder del Partido del Bienestar Social, formar un nuevo Gobierno. Su partido es claramente proislámico.

Bilderberg 2004, Stresa, Italia

Según una fuente bien informada que participó en el encuentro de 2004, los miembros portugueses del Club usaron con habilidad lo que se ha llamado la «táctica portuguesa», es decir, su promoción a alto nivel.

La asociación con el Grupo Bilderberg reportó los siguientes beneficios al grupo portugués:

Pedro M. Lopes Santana, el poco conocido alcalde de Lisboa, fue nombrado primer ministro de la República.

José M. Durão Barroso, ex primer ministro, pasó a ser nuevo presidente de la Comisión Europea.

José Sócrates, miembro del parlamento, fue elegido líder del Partido Socialista después de la dimisión de Eduardo Ferro Rodrigues, a causa de una crisis político-social y oscuras acusaciones de pedofilia. Fuentes cercanas a la investigación confirman que la crisis fue provocada por miembros del Club Bilderberg.

Otro ejemplo de la influencia que el Club ejerce sobre la política americana se evidenció durante la campaña electoral en Estados Unidos, cuando el candidato demócrata a la presidencia, John Kerry, eligió a John Edwards como vicepresidente. Este último había sido invitado por primera vez a la reunión del Bilderberg un mes antes. Varias fuentes, cuyos nombres no puedo revelar porque pondría sus vidas en peligro, han confirmado de forma independiente que después de oír el discurso de Edwards durante el segundo día de la conferencia, Henry Kissinger telefoneó a John Kerry con el siguiente comentario: «John, ya te hemos encontrado vicepresidente». Una extraordinaria serie de coincidencias.

La OTAN

En agosto de 1956, Joseph Retinger escribió en la página 11 del informe de los Bilderberg que ese Club «puede ser una fábrica de iniciativas; sin embargo, hemos decidido que el Club no desarrolle ninguna de las nuevas ideas [...], sino que sean transmitidas a algunas personas u organizaciones para que las realicen más ampliamente».

De hecho, el último día de la conferencia inaugural de 1954, el comité directivo de los Bilderberg presentó una propuesta (página 8 del informe general) mediante la cual la Comunidad Europea de Defensa se integraría en la OTAN con el objetivo de servir a un «órgano central de decisión, capacitado para actuar en el terreno político y económico, así como en el ámbito militar». De este modo quedó decidido que los Bilderberg usarían la OTAN para controlar los asuntos europeos.

La existencia de la OTAN era justificada por Washington y por el bloque político occidental como un garante contra cualquier invasión que pudiera venir de la Unión Soviética o del bloque de la Europa del Este, pero realmente la Alianza sirvió para consolidar la influencia de Washington en Europa y continuar, tras la segunda guerra mundial, la ocupación por parte de Estados Unidos del continente europeo.

La organización de la OTAN respondió, en esencia, a la promesa estadounidense de defender Europa Occidental de una invasión por parte de la Unión Soviética —ésta fue su justificación «oficial», pero, como ya se ha señalado, sancionó la ocupación militar estadounidense de Europa Occidental en el contexto de la posguerra—. ¿Qué queremos decir con esto? Estados Unidos mantuvo una gran cantidad de soldados en Europa Occidental con el objetivo de garantizar que los Gobiernos europeos no formaran parte del eje comunista/socialista.

Hay que recordar que, tras la segunda guerra mundial, mucha gente simpatizaba con el socialismo y con el comunismo, y los partidos comunistas y socialistas en Europa Occidental contaban con una amplia base de militantes y simpati-

zantes. A ambos lados del Telón de Acero tuvo lugar un proceso similar: en Europa Oriental, quienes no eran comunistas y socialistas fueron purgados de los círculos de poder; al mismo tiempo, se llevó a cabo un proceso análogo en Europa Occidental, sólo que los comunistas eran el blanco de la «depuración». Todo debido a la influencia estadounidense. En esencia, lo que se consolidó gracias a la existencia de la OTAN fue: primero, la ocupación militar estadounidense de Europa Occidental tras 1945; y segundo, la garantía para Estados Unidos de que ninguno de los países ocupados militarmente se pasaría al lado soviético.

La creación de la OTAN

La OTAN fue creada a finales de la década de 1940 como consecuencia de la demolición exitosa por parte de Gran Bretaña, a partir de la muerte de Franklin Delano Roosevelt en abril de 1945, del anterior compromiso con Estados Unidos de erradicar del planeta las obscenas reliquias del imperialismo británico. Desde el principio, el papel de Gran Bretaña en la OTAN estaba gobernado por la intención de la facción imperialista de minar y, en última instancia, destruir, las soberanías de todos los Estados nación del mundo —entre ellos, también Estados Unidos—. Como llegó a reconocer el presidente de Francia, Charles de Gaulle, la intención de Londres era, desde el principio, una copia de la política de armas nucleares declarada por el padre de la Conferencia de Pugwash, Bertrand Russell, y el estadounidense Averell Harriman. La conferencia Pugwash fue creada por lord Bertrand Russell en 1955-1957 como canal secreto de comunicación con los líderes de la Unión Soviética. Los principales promotores han sido Henry Kissinger, Robert S. McNamara y otros arquitectos de la autodestrucción. La alianza de la OTAN era su base crucial de operaciones y de subversión, ya que les confería la cobertura necesaria para sus planes de guerra perpetua o, al menos, para su política de chantaje nuclear.

Tras 1945, la amenaza era supuestamente la Unión Soviética. Pero tras el colapso de la Unión Soviética, el fin de la Guerra Fría y la disolución del Pacto de Varsovia, la OTAN siguió existiendo, a pesar del hecho de que su razón de ser, su justificación, había desaparecido. La Unión Soviética se había disuelto, el bloque oriental era historia, pero la OTAN aun así continuó expandiéndose. Tras la Guerra Fría, el enfoque defensivo pasó a ser ofensivo.

La OTAN invadió Yugoslavia, fue cómplice de la fragmentación del país. Comenzó a tomarse nuevas atribuciones, como misiones de paz e «intervenciones humanitarias». Ha llevado a cabo operaciones de vigilancia de rutas marítimas, control del tráfico aéreo y entrenamiento de soldados fuera de la zona euroatlántica, así como en países de África e incluso en Afganistán. Lo que tenemos ahora es una OTAN que se ha quitado la máscara de la Guerra Fría, dejando en evidencia que, en realidad, es una organización militar ofensiva.

La desintegración de la República Federal Socialista de Yugoslavia era algo que los principales países de la OTAN —Estados Unidos, Alemania, Francia y Reino Unido— quisieron, apoyaron y provocaron. Todos ellos impulsaron la desintegración del país. Pero ése no fue el punto de inflexión. El verdadero punto de inflexión fue la guerra del golfo Pérsico, la guerra contra Iraq (1990-1991). Fue en realidad una guerra de la OTAN. ¿Qué queremos decir con esto? Las tácticas empleadas por Estados Unidos y sus aliados en contra de Iraq en ese conflicto son en realidad tácticas de la OTAN. Todos los miembros de la Alianza se coordinaron, usando las estructuras de la OTAN, lo que marca definitivamente un antes y un después en esta organización. De hecho, debido a la forma en que Estados Unidos utilizó a sus aliados de la OTAN en Iraq —por ejemplo, a los alemanes, que proporcionaron tanques—, se pudo ver el verdadero potencial de la Alianza. Si no fuera por la coordinación entre miembros de la OTAN en la guerra del Golfo, la invasión de Yugoslavia no habría sido posible.

Y lo que vimos en Yugoslavia fue ni más ni menos que la primera vez que la OTAN «oficialmente» invadía un país.